

# Síntomas de un mal patibulario

◆  
IGNACIO PADILLA

Fue él quien instruyó a mi hermano Andreas en el arte de matar como Dios manda. En vano busco ahora recordar un solo día de nuestra infancia en que mi padre no subiese puntualmente a la alcoba para explicar que un verdugo, hijo mío, debe recordar primero que el condenado a muerte no es un cerdo, sino un hombre culpable. Luego, con la mirada en filos e ignorando mi presencia, insistía en cuán importante era impedir que nadie osara nunca llamar *víctima* a un ahorcado, pues una simple analogía obligaría entonces al verdugo a concebirse como el *victimario* que no es ni será nunca. Aquéllas, afirmaba el viejo cuando la lección tendía a extenderse más de lo habitual, podrían parecer a algunos instrucciones aparentemente banales, pero en esas minucias semánticas, como él solía llamarlas, estaban en juego la cordura del verdugo y, sobre todo, el honor de nuestra estirpe. Para él, matar no era sólo un deber, sino un privilegio cuya herencia debía pagarse con sangre fría. Por eso, decía, la labor más difícil del verdugo no se limitaba a vencer la palanca del patíbulo, sino a saber mantenerse impávido a la hora de mirar las aéreas pataletas del ahorcado que desparrama el alma por los genitales. Los otros testigos de la ejecución tenían siempre el derecho de pestañear cuanto quisieran, podían sobradamente revirar el rostro hacia el infinito o alejarse del patíbulo hacia un rincón donde pudiesen vaciar la entraña sincopando sus jadeos con los del moribundo. El verdugo, en cambio, tenía la obligación de conservarse en su puesto, debía esperar el último estertor del ahorcado y, finalmente, anunciar al representante de Sus Majestades que todo estaba consumado.

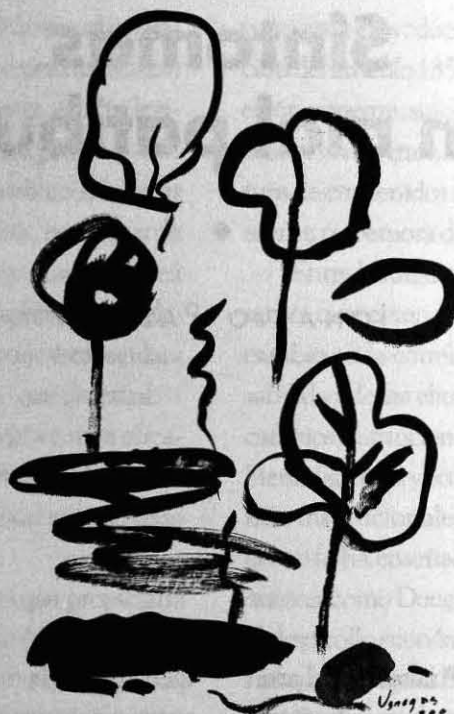
Hoy sé que nada enorgullecía tanto a mi padre como esta última señal, esa muestra suprema de autoridad para

identificar a la muerte como si se tratara de una amante antigua pero aún apetecible. No bien llegaba a este punto de su conversación, su pecho se inflamaba tanto que lo hacía parecer más grande de lo que era. Y no creo mentir si digo que por momentos le temblaban los lagrimales. Mi hermano, entretanto, atendía la lección en silencio y con los ojos muy abiertos. Sólo escuchar los pasos de mi padre en la escalera, se erguía en la cama con los pulmones a todo vapor, emitiendo una cantidad tal de boqueos que irremediablemente me hacían pensar en los ataques de asma de algún pariente lejano que había tenido que volver al continente como si no pudiese vivir sin su aire enrarecido. Después venía la paulatina contención de su ritmo corporal, apaciguado justo a tiempo para que mi padre lo encontrase siempre con el rostro acartonado de un alumno en las primeras bancas del aula. Así, lívido y estatuario en el borde de la cama, Andreas veía pasar las horas hasta que el viejo le besaba la frente con un guiño de afectada complicidad y salía del cuarto convencido de haber cumplido su misión. Sólo entonces mi hermano podía liberar la tensión acumulada y volvía a recostar la cabeza para que yo, desde la penumbra de mi propia cama, pudiese distinguir sus rasgos contrahechos y una mirada vidriosa en la que se anunciaban ya los signos de una angustia insoportable. Es verdad que tampoco yo estaba exento de padecer los incubos que en un niño podían engendrar las lecciones de un padre como el mío, pero aquella angustia nocturna y bestial de mi hermano era sin duda distinta de la mía: el de Andreas era un miedo invisible a los ojos del mundo, permanecía oculto en los pasadizos de un alma sin infancia obligada a disfrazar cada gesto y cada pasión con una voluntad inaudita. El mío,

en cambio era un terror pueril y a flor de piel, llorado siempre en el regazo de mi madre y tolerado por mi padre con el mismo desprecio que mostraba hacia los testigos de sus numerosas ejecuciones. Mi hermano, por su parte, no tenía derecho a las caricias maternas ni a las concesiones, debía acallar en solitario a los fantasmas de aquellas muertes cotidianas que metódicamente le ofrendaba mi padre y entregarse sólo de noche a la espantosa metamorfosis de su respiración para que nada ni nadie pudiesen jamás corromper el orden que la justicia divina había querido imponerle.

Éstos fueron los ritos tácitos que privaron en nuestra casa durante varios años, éste el código inquebrantable de macabras obligaciones y oprobiosos derechos cuyas sombras afiladas se irguieron sobre nuestros cuellos hasta que un día alguien las dejó caer. Antes del derrumbe no hubo en nuestra finca quien se atreviese a cuestionar el relativo olvido en el que me mantenía mi padre ni el espartano cuidado que profesaba hacia su primogénito. En la lógica particular de mi familia, era evidente que mi hermano exigía un trato preferencial. A fin de cuentas, no sería yo quien tuviese en el futuro que vencer el patíbulo ni heredar el romance de mi padre con la muerte.

No quiero decir con esto que mi padre, al menos en apariencia, delatase nunca ante los demás miembros de la colonia el aire monstruoso que su sombra dejaba sin falta en nuestra alcoba. Por el contrario, el viejo fue siempre para el mundo un hombre extraordinariamente refinado, como lo habían sido también mi abuelo y el padre de mi abuelo, desde hacía siglos responsables de ejecutar la justicia divina de Sus Majestades en estas tierras donde la ley no se detendría con tal de imponerse con el más absoluto rigor. Sibaritas, melómanos, recalcitrantes defensores de una particular elegancia que acentuaba sus lánguidos perfiles, mis ancestros fueron siempre seres tocados por una gracia luciferina, depositarios de un talento singular para llevar las conversaciones hasta despeñaderos insalvables, allí donde la malicia y la ironía tomaban para ellos el sitio de las carcajadas que nunca, en verdad nunca dejaban salir. En más de una ocasión, cuando aún no teníamos la edad requerida



Germán Venegas

para participar en el mundo de los adultos, mi hermano y yo asistimos desde el entresuelo a prolongadas tertulias donde los comensales de mi padre, casi todos miembros notables de la administración colonial, mostraban hacia él una inquietante pleitesía. Sobre aquellos brindis de honor, las voces engoladas y los acentos aristocráticos de los terratenientes más pagados perdían allí su última sustancia, pues entre el humo de los habanos y los vapores del cognac reinaba esa variante del miedo que iguala a los hombres ante algo tan definitivo como la muerte por propia mano. Quienes cada domingo visitaban nuestra finca en la sabana, se sumaban por morbo o por diplomacia a un mundo atávico

en el cual se disolvía la certeza de que el prójimo no ha matado ni va a matarnos. Ninguno de ellos pudo o quiso jamás olvidar que su anfitrión era en primera instancia un verdugo acreditado por Su Majestad, un diletante de lo mortuario que, además, se ufanaba de su oficio paseando a sus feligreses por una oscura galería donde los ojos de mis ancestros se clavaban en los observadores como si sopesaran las dimensiones de la soga que habría de sostenerlos si cayeran de la gracia del gobernador. A veces alcoholizados, a veces simplemente medrosos, los comensales de mi padre sonreían inquietos frente a aquellas miradas oleaginosas, y sus facciones, menos aptas que mi hermano para el fingimiento, se deformaban entonces en un grotesco silencio que el viejo aprovechaba para jactarse abiertamente de su oficio y demostrarle al mundo que la vida de un hombre consagrado a ejecutar la justicia monárquica y divina podía ser en verdad exquisita.

Pocos años más tarde, aunque aún en ese esperpéntico juego de máscaras e imposturas que fue nuestra infancia, mi hermano adoptaría estos últimos paseos de mi padre por la galería de mis ancestros como una de sus escenas preferidas. Varias veces, durante un tiempo que me pareció eterno, Andreas me obligó a fungir de comensal mientras que él, imitando los andares estrambóticos del viejo, recorría la galería recitando con voz engolada la diferencia entre los hombres y los cerdos. Incapaz de comprender en ese entonces cuánto había de odio o de sarcasmo en este



rito personal de mi hermano, yo no soportaba mucho rato aquel viaje por la historia de nuestros antepasados, ya no porque éstos me causaran un terror al cual había comenzado a acostumbrarme, sino porque la actitud de Andreas difícilmente encajaba con el miedo que expresaba cada noche tras las lecciones del viejo. Definitivamente, pensaba yo, aquel juego de rostros dobles de mi hermano debía ser un fraude: Andreas podía engañar a mi padre con esos alardes, y quizás podía también engañar a los nativos de la finca mostrando un desmedido entusiasmo en las matanzas del búfalo o exigiéndoles potes de sangre que él bebía con la avidez de un vampiresco condesito. Mi hermano, en fin, podía engañarlos a todos excepto a mí: yo conocía su miedo en la oscuridad de la habitación, había crecido mano a mano con ese terror y lo sabía mucho más acendrado que el mío. A esas alturas de nuestra corta vida ya no me inquietaba que Andreas se hubiese resignado a crecer solo o lejos de mi madre, sino que, impostando esa pasión suya hacia la muerte de los búfalos salvajes, se declarase incapaz de cualquier tipo de rebelión contra un destino para el cual se sabía inepto. De manera inevitable, aquella supuesta hipocresía me alejaba de Andreas como de un apestado, me espantaba con esa falsedad que yo interpretaba de cobardía ante mi padre, de injusta resignación que llevaba a mi hermano a actuar como un poseso cuando el olor de la sangre de los búfalos nos alcanzaba desde el encierro o bien, cuando dedicaba sus horas necias a ejecutar toda suerte de alimañas con lujo de crueldad, asfixiándolas, secándolas al sol por que no se deshiciesen, metiéndolas en botellines de vidrio que luego colocaba sobre mi almohada para que yo, entre espantado y confuso, clamase llorando por mi madre al mismo tiempo que comenzaba a odiarlo.

En esos meses últimos de nuestra infancia, y desde que comprendí las dimensiones del oficio de mi padre, pensé que el viejo adoraría a mi hermano no sólo por ser su primogénito, sino por esa pasión suya hacia los afectados paseos por la galería o hacia la muerte de los animales. Mi adolescencia, sin embargo, trajo consigo la dolorosa iluminación de quien de pronto se descubre ante un error prolongado y fatal: de pronto comencé a notar que el viejo, ante los sangrientos devaneos de Andreas, comenzaba a repetir su distinguo entre los hombres y los cerdos con la insistencia de quien no conseguía devolver a su hijo hacia el camino recto. Mi padre hacía todo lo posible por evitar que Andreas se regodease con la masacre de los búfalos, prohibía el juego de los retratos con las más drásticas amenazas, buscaba, en suma, dar término a aquello que evidentemente

ya no era complacencia ni hipocresía de mi hermano, sino una franca rebelión ante las minucias semánticas que tachonaban el código de un verdugo. Recuerdo en especial la tarde en que Andreas desobedeció por vez primera las órdenes expresas de mi padre de permanecer en la casa y se marchó al rastro dejándonos a mí y al viejo en el más incómodo silencio. Aquél debió ser el punto de partida de un viaje sin retorno en que mi hermano se alzara abiertamente contra mi padre abismándose en la más violenta de las desobediencias, distanciándose de casa, conviviendo estrechamente con los nativos y dejándose ver en compañías que resultaban particularmente odiosas al viejo o a sus seguidores. Fue entonces cuando sustituyó su colección de insectos embotellados por libros de cuyos autores hablaba el viejo con indecible desprecio, y debió ser también en esa época cuando terminaron de romperse los últimos lazos de sangre que pudieran haber subsistido entre nosotros. Cierta tarde entré en nuestro cuarto para descubrir que un tapiz de alimañas secas y vidrios rotos cubría nuestras camas, y comprendí que el derrumbamiento de Andreas no era simplemente una efímera crisis de adolescencia, sino algo mucho más profundo y definitivo. Esa misma noche mi hermano volvió a casa demasiado tarde y demasiado ebrio, enfrentó las riñas de mis padres con una sonrisa estúpida, subió al cuarto y se dejó caer en la cama sin molestarse siquiera en desalojar los vidrios. Horas después pude oír de nueva cuenta sus suspiros desbocados, pero esta vez no hubo metamorfosis ni lección paterna: sólo el sueño terminó por acallarle mientras yo permanecía en vela, como si el rito ancestral y didascálico de mi padre, que antes me causaba tanto miedo, ahora me hiciese falta para espantar el insomnio que a partir de entonces me acompañaba.

Desde ese día nuestra casa y la finca entera se engarzaron en un rosario de infortunios, siempre a la sombra de la irremisible rebelión de mi hermano. Poco antes de su última salida, una plaga de langostas había arrasado la gran mayoría de las plantaciones, los búfalos habían emigrado hacia Okavango y, como si aquellos signos aciagos estuviesen todos relacionados con Andreas, el abismo entre él y nosotros terminó por ensancharse en una de esas heridas que la sangre azul y hemofílica de ciertas familias nobles no puede cicatrizar. De pronto todo en la casa pareció insufrible para Andreas. Pendenciero, barbado y vagabundo, llegó al extremo de interrumpir un día las remembranzas gremiales de mi padre para decirle que toda aquella mierda de patíbulos y víctimas se acabaría muy pronto. Aquello bastó para que se le desterrase definitivamente de la finca,

y durante mucho tiempo no volvimos a saber nada de él. Creo que fue ése el único periodo de nuestra vida en que mi madre se atrevió a cuestionar los métodos didácticos del viejo y a reclamarle un poco de atención para mí. Sus ruegos, sin embargo, no hicieron eco en la caverna sin fondo que a aquella sazón había comenzado a excavar en el alma del pobre viejo.

Se acercaba el fatal verano cuando al fin recibimos la noticia de que mi hermano estaba preso en Nairobi. En su ceguera o en su necedad, mi padre no tuvo empacho de hacer las diligencias necesarias para liberarle, suplicó y untó a las autoridades responsables, desfiló pacientemente ante una galería de rostros fríos o despectivos, probablemente los mismos que antes, en sus tertulias dominicales, se habían esforzado por mostrarle sonrisas de sumisión. Pero mi hermano rechazó su ayuda, incluso declaró que no abandonaría el cautiverio como no fuese en compañía de quienes habían caído presos junto con él durante los disturbios que entonces asolaron la región. Temiendo las murmuraciones o acaso vaticinando su propia debacle, mi padre entonces tuvo que operar desde lo oscuro, y por lo menos gestionó en secreto porque su hijo no la malpasase en la cárcel en aquellos tiempos turbulentos donde los sótanos del penal cumplían con su labor de exterminio sin recurrir a los beneméritos servicios del verdugo. Con todo, cuando el encierro de mi hermano comenzó a prolongarse más de lo tolerable, también el viejo se dio por vencido, renunció a sus veladas y se encerró en la biblioteca como un minotauro herido, temeroso de que viésemos su impotencia ante la fatalidad o quizás ante su propia incertidumbre respecto de los entresijos del mecanismo justiciero en el cual había creído casi desde su nacimiento.

A mediados de junio, mi padre recibió de Nairobi el acostumbrado citatorio. Con un tono y una caligrafía demasiado familiares, un discurso sin matices consideraba inútil explicarle que sólo el verdugo podía ejecutar a un traidor al Imperio, acusado por sus propios correligionarios y aún por los nativos rebeldes de haber cometido faltas oprobiosas contra la paz y el orden. Bien les gustaría privarle de esta pena, agregaba el escrito, pero las leyes no podían hacer excepciones, ni siquiera en casos como aquél.

Mi padre leyó esto con la indiferencia de quien sabía desde hace tiempo de qué manera sus antiguos comensales se las arreglarían para vengar sus paseos por la galería. Estaba solo, nadie tomaría su ejercicio por cuanto el sistema de justicia al que él servía tan ciegamente estaba dispuesto a cobrarle con la sangre de su hijo el acre poder del que hacía

alarde en sus tertulias. Aquello era predecible, estaba escrito desde hacía años, mas no así la manera singular en que el viejo decidió hacer cumplir sus órdenes y renunciar al mismo tiempo a todo aquello en lo cual había creído hasta ese día.

Quiso la suerte que en aquel tiempo hubiese yo alcanzado la edad para tomar el relevo de mi padre. Sólo faltaba una semana para el plazo fatal cuando el viejo me llamó a su biblioteca y allí, ahogado en el ocre olor de sus habanos y con la piel enrarecida por la falta de sol, me habló largamente con los ojos puestos en un lugar remoto del que evidentemente no tenía intenciones de volver. También esa vez me instruyó como si fuese yo Andreas, repitió una a una sus distinciones semánticas, una marejada de palabras que me eran demasiado familiares y que yo, por tanto, ni siquiera me molesté en escuchar: las sabía de memoria, las había aprendido desde una escuela inclemente cuyos muros habían sido el silencio y el desprecio. Terminadas sus lecciones, mi padre inclinó la cabeza sobre el pecho en señal de despedida, consciente de que yo no dudaría un instante en recibir la investidura que ni él ni mi hermano habían sabido honrar.

Fue así que días más tarde me presenté en Nairobi y vencí por vez primera el patíbulo a fin de que el cautivo transpusiese la puerta entre este mundo y el eterno. Fue así también que esperé a la muerte mientras mi padre, como un amante despechado, se arrancaba el alma en el corazón de su laberinto. Desde entonces, en cada ejecución, velo porque nadie ose llamar víctima a un ahorcado. De esta forma no me cuesta ningún trabajo poner ambas manos sobre el hombro del representante de Sus Majestades para anunciarle que todo está consumado. Es verdad que a veces el dedo índice, acaso el mismo con el cual mi hermano señalaba entusiasmado a los búfalos degollados, tiembla un poco sin que yo pueda remediarlo, y me viene a la memoria un sentimiento extraño, como si escuchase unos pasos paquidérmicos subiendo por la escalera. Entonces un terror antiguo me hace erguirme sobre el lecho con la respiración acelerada. Por fortuna, la angustia dura poco, pues me basta imaginar que aquellos son los pasos del viejo, quien se aproxima a mi alcoba para instruirme en el arte de matar como Dios manda. Sólo así puedo recibir el alba con el ánimo tranquilo y la respiración controlada, repitiendo en mis adentros que el condenado a muerte no es un cerdo sino un hombre culpable. Algunos pensarán que éstas son instrucciones algo nimias, pero en ellas, como decía mi padre, están en juego el honor de la familia y, sobre todo, la cordura que hace fama al buen verdugo. ♦